

Nueva Antropología 23

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

PRESENCIA DE MARX EN LA ANTROPOLOGIA MEXICANA

*JORGE ALONSO, Volver a Marx para transformar el hoy •
BRIGITTE B. DE LAMEIRAS, El origen del Estado en el
Valle de México • ESTEBAN KROTZ, Cultura y análisis
político • VICTORIA NOVELO, La cultura obrera • HECTOR
TEJERA G., Estructura agraria y diferenciación campesina •
EDUARDO MENENDEZ, Estructura, relaciones de clases
y la función de los modelos médicos • JUAN MANUEL
SANDOVAL, El proceso de trabajo en el proceso de
hominización • CARLOS GARCIA MORA, La cuestión de
la sociedad y la naturaleza en la antropología mexicana •
ANDRES MEDINA, El Estado en Mesoamérica •
Documentos.*

Cultura y análisis político

NOTAS SOBRE Y PARA LA DISCUSION Y LA
INVESTIGACION

Esteban Krotz

El punto, en el cual Marx reflexionaba sobre la insatisfacción, era la contradicción bajo dos formas: bajo la forma del factor subjetivo y, ante todo, bajo la forma del factor objetivo, con lo cual se hizo caer la sicologización de la revolución y la utopía exclusivamente abstracta. Contradicción subjetiva es aquella que contradice activamente, la contradicción objetiva se desarrolla de lo inadecuado de relaciones de producción envejecidas con respecto a las fuerzas productivas.

Ernst Bloch, "Marx como pensador de la revolución"

1. CONFRONTACIONES PARA LA CRITICA Y LA AUTOCRITICA

El objetivo de esta ponencia no es el de una confesión: soy o no soy marxista, soy esto o lo otro: Tampoco par-

te de una inquietud exegetica: a ver ¿qué es lo que fulano 'realmente' dijo, a ver si zutano lo interpretó adecuadamente y qué es lo que pasó con el estudio de perengano cuando usó la interpretación que zutano dio de

fulano...? etc. Más bien, este fragmento de ensayo¹ se enmarca en lo que pienso que debe ser la finalidad de un simposium científico, *a pesar* de que esté relacionado con el homenaje a una persona histórica que *también* tuvo que ver con la ciencia académica que nosotros practicamos en simposios como éste. Se trata, pues, de analizar un problema no resuelto o al menos insuficientemente resuelto, reunir los aportes de algunos de sus estudiosos, evaluarlos a la luz de aportes de otros, identificar cuestiones cruciales y proponer, finalmente, pistas para la discusión —sin olvidar, desde luego, que tampoco en la ciencia académica la discusión resuelve algo, ya que incluso en caso de un consenso de los participantes, éste no podría sustituir, sino sólo en el mejor de los casos, impulsar la praxis de la investigación.

Partiendo del hecho de que, parafraseando a J. L. Najenson (1980: 13), “cultura” y “nación” son dos fantasmas que recorren la antropología lati-

noamericana reciente a menudo en forma conjunta, quiero enfocar mi contribución a la discusión de la categoría cultura justamente en relación con su dimensión política. Indudablemente, la discusión e investigación antropológicas actuales en nuestro país se centran, ante todo, en la confrontación entre diversas corrientes de cuño no marxista, antimarxista y marxista. Como se verá en seguida, la revisión de algunos de los aspectos más significativos de los estudios identificados habitualmente con el membrete de la “cultura política” nos proporcionará elementos útiles para la discusión de los intentos, todavía incipientes, de acercarse al fenómeno cultural con una orientación en el materialismo histórico.

Aunque la corriente de la “cultura política”, cuyo inicio se suele ubicar en el año de 1956, es originalmente una determinada variante de la ciencia política norteamericana, hay por lo menos tres razones para ocuparse de

¹ Se trata de la versión ligeramente modificada de la ponencia presentada con el mismo título el 4 de octubre en la mesa “La categoría cultura en el análisis antropológico” del coloquio *Presencia de Marx en la antropología mexicana*. Es un fragmento en más de un sentido. Por una parte, constituye un adelanto de un estudio más amplio sobre el análisis de la cultura política y tiene, por tanto, un carácter preli-

minar. Por otra parte, la brevedad obligada de una ponencia lleva a expresar afirmaciones no detalladamente apoyadas en materiales empíricos y bibliográficos que tienen, en consecuencia, un cierto aire de generalización fácilmente impugnables. Sin embargo, la preocupación central aparece de manera suficientemente clara para contribuir a una discusión fructífera.

ella². En primer lugar, porque está en deuda por lo menos tanto con la sociología parsoniana y al enfoque sistemático eastoniano, como con la antropología norteamericana caracterizada abreviadamente con el binomio "cultura y personalidad": de ella hay que recordar aquí, ante todo, que por una parte intentó incorporar los aportes recientes de la psicología profunda al análisis de los fenómenos sociales y que, por otra parte, poco se preocupó —salvo los trabajos de M. Mead sobre el carácter nacional³ y el libro de R. Benedict (1974) sobre la cultura política japonesa— por la problemática política. En segundo lugar, porque esta afinidad teórica con una importante corriente antropológica se combina con el interés empírico por algo que tradicionalmente había sido el campo de los antropólogos: los pueblos entonces llamados subdesarrollados (enfocándolos, dicho sea de paso, de un modo comparable al de ciertas corrientes neoevolucionistas en la antropología de la misma época). En ter-

cer lugar, porque no solamente se ha tratado, con todas sus críticas, auto-críticas y reformulaciones, de uno de los enfoques más importantes en las ciencias políticas de los últimos treinta años, sino también porque el caso de México ha sido uno de los más estudiados con el instrumental metodológico y teórico de este enfoque —desde su inclusión en el monumental estudio comparativo sobre la cultura cívica en cinco países⁴ y los trabajos de R. Scott sobre el sistema político mexicano⁵, hasta el estudio ya clásico de R. Hansen sobre la política post-revolucionaria en México⁶ y el tan comentado libro de P. Segovia sobre la politización del niño mexicano⁷.

Sin embargo, el motivo para ocuparme aquí de este enfoque va más lejos y se inscribe plenamente en el contexto de confrontación mencionado. Aunque la discusión actual sobre este tipo de temática pretende inspirarse mayoritariamente más en Marx que en Parsons, más en Gramsci que en Easton y aunque se hable más de culturas subalternas y populares que de subculturas y socialización políticas, me parece que en muchos casos la

² Se trata del artículo "Comparative Political Systems", reproducido en Almond (1970). En lo que sigue, la reseña del enfoque en cuestión se basa, además, en los trabajos de Almond y Powell (1972), Almond y Verba (1963 y 1980), Langton (1969), Pye (1969; 1973 y 1974) y Verba (1969).

³ Véase para un breve resumen Herskovits (1969:62 y sigs.).

⁴ En Almond y Verba (1963).

⁵ Véase Scott (1969).

⁶ Véase Hansen (1971; especialmente cap. 7).

⁷ Véase Segovia (1975) y para la indicación de bibliografía secundaria y algunos elementos de crítica, Krotz (1981).

fascinación por la idea es todavía tan fuerte que a menudo no se termina —y a veces ni se emprende— la difícil tarea de elevarla al rango de concepto. Este fenómeno —que no parece limitarse a esta temática específica de la antropología política— puede tener consecuencias graves: *en vez de construir una praxis de investigación distinta* a partir de las conceptualizaciones teóricas diferentes del materialismo histórico, se corre el peligro de que un mero juego de palabras oculte semejanzas fundamentales que explícitamente están descartadas. Es decir, sospecho que no pocas veces la discusión actual sobre cultura y nación reproduce —sin quererlo y sin saberlo— asunciones básicas, vinculaciones teóricas y métodos de investigación propios de un enfoque diametralmente opuesto al que se delinea en los escritos de Marx y Engels.

En vista de ello quiero resumir ahora brevemente algunos aspectos fundamentales de la corriente mencionada⁸, agrupándolos para efectos de demostración en un grueso y un tanto simplificador esbozo del hombre político y su investigador, tal y como aparece en estos estudios politológicos sobre la cultura política. Esto me ser-

virá para interrogar en el apartado siguiente a quienes intentan enfocar y trabajar actualmente esta problemática sobre algunos de sus supuestos y procedimientos “críticos” —y aclaro de antemano que por brevedad y cautela obligadas no me referiré a ningún autor o trabajo en especial, de modo que todo lo que sigue quiere ser, ante todo, una invitación a la reflexión sobre *nuestra* antropología, la antropología que *nosotros* hacemos, en vez de desgastarse en la tan usual como estéril guerra de los membretes. Obviamente, muchas observaciones sobre el estudio de la cultura política podrán relacionarse también con buen número de trabajos y discusiones antropológicas actuales sobre otras temáticas, siempre y cuando tengan que ver directamente con la investigación empírica.

2. EL HOMBRE POLITICO Y EL INVESTIGADOR DE SU CULTURA

Entre los aspectos indudablemente positivos que pueden encontrarse en el tipo de estudios iniciados por Almond, Verba y Pye está, ante todo, el hecho de que se trata de estudios *empíricos* (opuestos, por consiguiente, a las especulaciones e introspecciones proyectadas de editorialistas y hasta científicos sociales) acerca de ciertas características del comportamiento político de determinados sectores de una población, asumiendo, además, su *heterogeneidad* en cuanto a las dimensiones

⁸ Para la formulación de varios elementos me he inspirado en el estudio crítico de F. Krotz (1982) sobre la sociología empírica de Lazarsfeld y sus colaboradores y seguidores.

cognitiva, efectiva y evaluativa con respecto a la política, en vez de postular o construir un solo tipo de cultura política correspondiente a determinado sistema político. Además, se trata de un tipo de estudios que reivindica decididamente el énfasis en los *actores políticos* frente a aquellos trabajos que privilegian tanto las características y mecanismos de los sistemas políticos reificados que hacen aparecer a los primeros como meros títeres movidos por fuerzas inescrutables e inevitables.

De manera igualmente indudable, estos aspectos positivos están ligados a —y ampliamente contrarrestados por— aspectos negativos de gran envergadura. En primer lugar, 'lo político' aparece casi exclusivamente limitado a las estructuras y procesos institucionales de tipo nacional-estatal, es decir, a lo que se suele denominar *política formal*. En segundo lugar, la cultura política —“el conjunto de actividades, creencias y sentimientos que ordenan y dan significado a un proceso político y que proporcionan los supuestos y normas fundamentales que gobiernan el comportamiento en el sistema político. . . que abarca, a la vez, los ideales políticos y las normas de actuación de una comunidad política. . . la manifestación, en forma conjunta, de las dimensiones psicológicas y subjetivas de la política. . . el producto de la historia colectiva de un sistema político y de las biografías de los miembros de dicho sistema. . .” como reza una definición relativamente tardía (Pye 1974: 323) —es, ante todo, una cons-

trucción del investigador, elaborada a partir de la auscultación de una muestra representativa de una población dada acerca de un número relativamente reducido de *rasgos culturales* referentes a la vida política (éstos, a su vez, son analizados como productos provenientes de impulsos actuantes sobre los agentes de socialización política). Con este hecho está relacionado el que, en último término, no se vislumbra una teoría elaborada del fenómeno social detrás del procedimiento del investigador: más bien, éste, a partir de unas nociones globales acerca de la interacción entre sistema político, cultura política y socialización política *clasifica* una comunidad política dada por sectores, de acuerdo con cierto tipo de escalas preestablecidas que le permiten medir, si un ciudadano o un grupo determinado debe considerarse como perteneciente a una subcultura política, digamos de tipo localista-pasivo o subordinado-receptivo o participante-activo.

¿Quién es el hombre político a quien está dirigido este análisis y que aparece en él? exagerando un poco para fines de mayor claridad y, naturalmente, sin querer juzgar las intenciones personales de los investigadores respectivos, podríamos esbozar la siguiente silueta.

El hombre político —abreviación convencional para no tener que decir antiandrocéntricamente: el ser humano político— es, ante todo, una abstracción. Es un ser ciertamente social, ya que juega constantemente roles

sociales, pero es político sólo en el momento y en la medida en que se involucra en roles formalmente políticos. Los juega en una red de instituciones (y los procesos derivados de ellas) que en su conjunto parecen formar el sistema, predominantemente identificado con el Estado, al cual corresponde la nación como complemento inseparable: la suma de los ciudadanos que habitan un determinado territorio. No es éste, por cierto, un punto de vista muy original, ya que como Marx diagnosticó en "Sobre la cuestión judía" (1981) la separación entre la esfera público-política del ciudadano y la esfera privada del vendedor o comprador de fuerza de trabajo como mecanismo esencial de la representación simbólico-real de una determinada estructura de dominación.

De acuerdo con ciertas realidades preexistentes —desde el sexo hasta la ocupación— estos seres políticos sufren el impacto de diversos agentes socializadores que producen en ellos diferentes resultados; éstos, a su vez, permiten ubicarlos, a cada uno de ellos, en un lugar determinado de un *continuum* que va desde una participación política prácticamente nula o meramente reactiva con respecto a los asuntos públicos hasta la incidencia directa e intensiva sobre ellos. La medición de las orientaciones individuales permite agrupar a los ciudadanos individuales de cualquier país en una determinada serie de clases, llamadas subculturas políticas, que se compo-

nen cada una de un número limitado pero coherente de rasgos y cuya suma constituye la cultura política nacional respectiva.

En cierto sentido, el investigador trata con un animal político feliz: para actuar de tal manera que corresponda funcionalmente al sistema político en cuestión —cosa de interés particularmente para el caso de las democracias occidentales— y garantizar así su operación adecuada y su estabilidad, solamente necesita conocer unos cuantos rasgos característicos del mismo y tener un mínimo de actitud de confianza y benevolencia hacia él y sus actores principales, aunque, como ya se indicó, estas orientaciones y conocimientos varían de subcultura en subcultura. Vive en un mundo de realidades preestablecidas, tanto político-formales como de otro tipo y no conoce dominación ni coerción, ni está desgarrado por el planteamiento de alternativas políticas (como ya se señaló, aspectos de tipo ecológico, económico o social no forman parte de la perspectiva ni del investigador ni del investigado). Tampoco importa si sabe de las relaciones entre el poder formal y sus bases, el proceso de su génesis o las tendencias hacia el futuro. Las diferencias entre las diversas subculturas son diferencias graduales; sus magnitudes relativas con respecto a las demás y la cultura nacional, así como la pertenencia de un individuo o grupo a una de ellas son variables (y en el caso de las democracias precarias o malogradas del Tercer Mundo es obvia la necesi-

dad de su modificación). Diferencias que se originan, por ejemplo, en base a configuraciones regionales particulares caben igualmente en escalas cuantitativas y son relevantes sólo en tanto variantes con respecto al nivel nacional.

Es importante señalar que el investigador sabe siempre más que los investigados: tiene desde el comienzo de la fase empírica del estudio una visión de conjunto del sistema político en cuestión y, después, también de la cultura política nacional correspondiente así como de sus diversas subculturas. Por ello tampoco le interesa entrar en comunicación con el llamado informante: solamente lo interroga acerca de algunos tópicos que él mismo considera relevantes. No hace falta más: el animal político esculcado suele tener, por lo general, una actuación considerada de antemano como deficiente o, en todo caso, mejorable y muchos de los autores de referencia explicitan su deseo de poder contribuir a través de sus trabajos a la estabilización y el mejoramiento de los regímenes democráticos en todo el mundo, y este etnocentrismo, que compartían con la mayoría de sus conciudadanos de su tiempo, no les parecía estar reñido con las exigencias de la objetividad científica (además de que el carácter noble y humanista de sus propósitos los protegía de manera efectiva, durante mucho tiempo, la crítica).

Sin embargo, más que sobre los hombres políticos, su nación hetero-

génea y compleja, la estructura de poder en que estaban inmersos (asuntos al fin y al cabo poco cuantificables y en su comprensión demasiado ligados a métodos de investigación más comunicativos y menos aptos para la generalización formalizable), el investigador aprendía algo sobre la eficacia de ciertas instituciones que inciden —según él— de manera casi determinista sobre la orientación de ciertas clases de individuos con rasgos socioeconómicos comunes y, por consiguiente, sobre su participación actual y probable en el futuro. Y para saber esto no hacía falta, pues, interesarse por las causas, motivaciones o explicaciones que pudieran aducir los sujetos bajo estudio: bastaba con interpretar algunos de sus conocimientos, afectos y valoraciones en términos de resultados de ciertos mecanismos que estaban obrando sobre ellos, para conocer las causas de su acción política actual y futura y, en caso de que alguien lo juzgara conveniente, poder corregir el rumbo.

3. ¿HACIA LA REIVINDICACION DEL "FACTOR SUBJETIVO" EN LA VIDA POLITICA?

Si este hombre político que acabo de esbozar con unas cuantas pinceladas, es el centro de atención en el estudio de la cultura política, entonces uno se siente tentado a preguntar: ¿A quién

le puede interesar un hombre así? ¿Quién puede estar interesado en aprender algo sobre él. ya ni se diga en aprender algo sobre la realidad política conjuntamente con él? No pretendo afirmar que los estudios señalados inventen por completo su universo político y sus actores; ciertamente captan algunos aspectos de ello. Pero es obvio que estos hombres políticos se asemejan muy poco a los hombres con quienes nosotros solemos vernos confrontados durante nuestras investigaciones de campo.

Y sin embargo: ¿en cuántos trabajos antropológicos —proyectos, tesis, artículos, intervenciones en discusiones— no pueden reconocerse rasgos sorprendentemente semejantes a los que se acaban de señalar someramente —y esto a pesar de que sus autores profesen su deuda con inspiraciones teóricas muy diferentes de las reseñadas? De una manera bastante resumida y tética quiero destacar, en lo que sigue, tres puntos hacia los cuales la evaluación crítica de los estudios mencionados dirige nuestra atención— no tanto para explicitar más la crítica de éstos, sino para llegar a lo que en el contexto de este simposium interesa: aclarar la situación y las perspectivas de la investigación antropológica que intenta trabajar los fenómenos propios de su campo con herramientas teóricas y metódicas provenientes de las más diversas corrientes tradicionales y marxistas. De esta manera, la crítica lleva a la comparación y ésta a la autocrítica constructiva.

a) *El valor dudoso del factor subjetivo*

En vez de examinar aquí exhaustivamente el concepto de cultura política (e independientemente de las críticas generales pertinentes relativas al idealismo teórico, individualismo metodológico, liberalismo ideológico, etc.) quiero limitarme a destacar solamente uno de sus aspectos más interesantes, que aparece claramente cuando se define a la cultura política como el "sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores que define la situación en la que se desarrolla la acción política. Provee la *orientación subjetiva hacia la política*" (Verba 1969: 513; subrayado E.K.). Frente al estudio de los sistemas mecánicos, orgánicos o cibernéticos se enfatiza, pues, al actor político —y es la premisa común de toda la corriente en cuestión que un sistema político no puede explicarse sin el conocimiento de la cultura política de sus miembros. Pero esta dimensión subjetiva de la vida política se abre al conocimiento solamente a través de dos caminos. El primero, el psicoanálisis, queda descartado por su pertenencia a otro campo

científico. El segundo —celebrado como la “revolución en la teoría política” (Easton 1973: 19)— la estudia mediante la observación de sus manifestaciones meramente externas: es el análisis de las conductas políticas y la medición de las orientaciones políticas. Hemos visto, empero, cómo la idea original es sepultada en el proceso de investigación mismo donde el investigado aparece ya sólo como mecanismo que no funciona sino bajo el estímulo de los agentes socializadores o del propio investigador⁹: la subjetividad no se hace efectiva en la producción ni en el resultado del conocimiento de la vida política (de lo que se puede deducir que, de hecho, tampoco estaba cimentada

muy firmemente en las concepciones teóricas correspondientes).

Es ampliamente conocido, cómo durante un buen número de años, en la antropología mexicana dominante, toda temática relacionada con el vocablo “cultura” estuvo condenada al ostracismo. Para ello parecen ser responsables, por partes iguales, el rechazo tan contundente a la antropología de origen norteamericano, llamada “culturalista”, y las versiones específicas de las tradiciones marxistas que fueron recibidas en la discusión antropológica, donde estuvieron ausentes, como muchos otros, aquellos autores que desde hacía mucho tiempo habían tratado de relacionar justamente el estudio de las estructuras sociales con los aportes de la psicología profunda (como Reich, Adorno, Benjamín, Marcuse o Fromm). Por otra parte, hay que recordar también que estos autores —y otros— no han formado precisamente parte de ciertas “ortodoxias” marxistas, de manera que también hasta en tiempos muy recientes, autores que han tratado de partir del *dictum* de Marx de que “las circunstancias hacen tanto a los hombres como los hombres a las circunstancias”

⁹ En un trabajo pionero, sólo recientemente traducido al castellano, acerca del estudio sociológico de fenómenos culturales, L. Lowenthal ha criticado este tipo de análisis de las reacciones de estratos artificialmente compuestos por el investigador a los estímulos provenientes de los medios masivos de difusión, ya que rehusan “a entrar a la esfera del significado” y a “ubicarlos en un contexto histórico moral” (1981: 21).

(1969: 38), han tenido dificultades académicas y políticas serias.

Al parecer, en la antropología mexicana la difusión de los escritos de Gramsci ha contribuido en forma particular a desbloquear el camino hacia el análisis de los fenómenos llamados comúnmente "culturales" —y esto justamente con relación a los *procesos políticos*, por una parte y, por otra, con relación a todas las facetas de *su dimensión subjetiva*. Es de esperarse que los aportes de otros autores no menos importantes enriquezcan pronto esta discusión, especialmente cuando sus estudios están tan relacionados con la cotidianeidad política como los de Bahro— por ejemplo, cuando analiza la relación entre "conciencia excedente" y "conciencia absorbida" (1980: 325 y sigs; para una breve reseña véase Krotz 1980 b) —y los de Bloch— por ejemplo, cuando se ocupa de los sueños diurnos y su importancia para la impugnación del orden político existente ante el horizonte de posibles alternativas (en Krotz 1980 a: 231 y sigs.)—.

Empero, un problema importante para la investigación de las orientaciones subjetivas consiste en la discusión

siempre renovada acerca de las clases sociales y los límites empíricos entre ellas. Esto ha llevado a que en no pocos casos la investigación orientada en el materialismo histórico sobre la cultura política de estratos ocupacionales, comunidades locales, grupos étnicos, etc., sea considerada como ocupándose de, en último término, meros epifenómenos de la realidad sociopolítica y que el valor analítico de la "cultura política" se vea limitado a lo que ya Pye llamaba "categoría residual" (1973: 67). Si ello es así, entonces, de nueva cuenta la reivindicación del factor subjetivo no sería cabalmente tal: quienes investigan la cultura política se ocuparían de aspectos a todas luces secundarios, aunque "curiosos" y por ello de alguna manera interesantes y, en el mejor de los casos, hasta aprovechable para la intervención política en el mundo de los investigados —una intervención, por cierto, no muy distinta de la de los redentores de la democracia occidental, sólo que ahora con otro signo.

b) *La fascinación por lo existente*

A pesar de que suele imputarse, ante todo, a los estudios

de cuño estructural-funcionalista un interés desmesurado por las causas y mecanismos de la reproducción de los sistemas sociales, no puede dejarse de reconocer que también Marx y Engels se ocupan en la mayor parte de su obra del estudio del capitalismo realmente existente (aunque incluyendo siempre su génesis histórica y preocupados por su superación) y que de hecho, muchísimos estudios de la política que se remiten en términos teóricos a estos dos autores se centran mediante las categorías de control social, estructuras de dominación, reproducción de la ideología dominante, etc., justamente en los aspectos de conservación y estabilidad de los sistemas políticos.

Una de las razones más importantes para este llamativo paralelismo parece ser el ya mencionado privilegiamiento del estudio de los *sistemas*, a menudo reificados, sobre el estudio de los componentes concretos de estos sistemas, los *actores* políticos individuales y colectivos. Otra, no menos importante, parece consistir en la fuerte tendencia del sentido común, de aferrarse ante todo a *lo que es*, aunque ampliándose sin demasiada dificultad

hacia *lo que fue*, pero no siempre comprendiendo correctamente la relación entre uno y otro. Si ambos enfoques se combinan, desaparece el espacio para el factor subjetivo de la vida política¹⁰ y el trabajo llamado científico se agota en buena medida en la elaboración de esquemas clasificatorios y escalas de medición y los intentos de "aplicar" estos moldes a una realidad extraída totalmente del tiempo real.

Por una parte, G. Almond (1970: 272 y sigs.) ha reconocido en una autocrítica atinada a las conceptualizaciones centrales de esta corriente tan influenciada por él mismo, lo que a un antropólogo se le antoja como reminiscencia del evolucionismo decimonónico: el carácter etnocéntrico y teleológico de su esquema; sin embargo, el autor mencionado no se ha fijado en el hecho de que jus-

¹⁰ Así, estos acercamientos "disuelven toda subjetividad en estructuras supra e intersubjetivas" (Schmidt 1964: 197), al mismo tiempo que degradan "lo dinámico a una modalidad cambiable de algo estático, la historia al fenómeno en la superficie de estructuras persistentes" (*ibid*: 261).

tamente la eliminación de la dimensión del futuro aniquila de antemano la condición de posibilidad teórica para una relevancia histórica del lado subjetivo de la vida política. Por otra parte, hay que reparar también en cómo la crítica marxiana de la teleología de Hegel no solamente ha sido frenada por su cuidado de no ser confundida con los socialistas utópicos que, según Bloch, no podían convertir la utopía abstracta en utopía concreta. Pero mientras que el etnocentrismo y cronocentrismo del siglo XIX pueden aceptarse como condicionamientos comprensibles de la obra de Marx y Engels, es más difícil entender por qué hasta la fecha la dimensión del futuro en todas sus formas —el futuro tendencialmente presente en el momento actual, el futuro individual después de la muerte, las alternativas de futuro para las sociedades y la especie humana entera— todavía es eclipsada en la mayor parte de la discusión marxista contemporánea o reducida a lugares comunes, pero casi nunca utilizada seriamente para el estudio de la vida política. ¿No sería justamente aquí el lugar donde este factor subjetivo de la vida política se expresa

de manera privilegiada, ya que los hombres políticos no solamente son productos de su historia individual y colectiva, no solamente reaccionan ante estímulos y se enfrentan entre sí, sino que también sueñan con un mañana distinto, esperan y ansían el Gran Cambio que sólo ellos mismos pueden realizar?

c) *Ese oscuro deseo del método*

Como he señalado ya, no es tanto en las formulaciones conceptuales donde se manifiestan las características fundamentales de la vida política, de los hombres políticos, del factor subjetivo en la vida política que tenga un investigador, sino que éstas aparecen en su forma más nítida —aunque las menos de las veces conscientemente— en su procedimiento de investigación mismo.

Quedó indicado, al menos, aunque no demostrado, cómo en los estudios de la cultura política la subjetividad explícitamente asumida es destrozada de manera múltiple mediante el método de investigación: el investigado es esculcado en función de determinados valores fijados por el investigador, reducido

a productor de respuestas codificables en base a los preguntas-estímulos predeterminados, tratado como auténtico *animal* político bajo observación de parte de quienes ya saben y siempre sabrán más sobre él y su entorno; relevante solamente como marca en una escala de medición o como integrante de una división social establecida artificial y exógenamente.

Por lo general, los antropólogos son de la opinión de que sus procedimientos en la investigación de campo se distinguen tan significativamente de los usuales en la llamada sociología empírica que ellos están a salvo de este tipo de problemas (aunque, dicho sea de paso, hay más apología del trabajo de campo que descripciones e introducciones precisas y operacionales y más desconocimiento de métodos y técnicas sociológicas que la discusión seria sobre ellas). Pero ¿es realmente tan diferente la *relación* que se establece entre investigador e investigado cuando se trata de una "entrevista" de media hora basada en un cuestionario preformulado que cuando se trata de una de las famosas "entrevistas libres" o abiertas que duran algo más y des-

pués de la cual el investigador sigue viviendo todavía un par de semanas en el mismo poblado que el "informante"? ¿se vislumbra, de hecho, un proceso de *construcción del objeto* realmente diferente a través del procedimiento de investigación sociológico supuestamente rechazado y el que se basa en una orientación antropológica no solamente superficialmente distinta sino sustancialmente opuesta a la anterior? ¿difiere acaso la utilización de los conocidos *continua* bipolares por parte de los antropólogos para captar diferencias cualitativas de las escalas de medición cuantitativas de los sociólogos sólo en la medida en que los primeros son menos precisos que las segundas, mientras que ambos coinciden en su carácter de *instrumento de medición y de clasificación* fundamentalmente externos? Y si se quiere evitar la limitación arriba señalada de ciertos politólogos de conocer solamente algunos aspectos parciales de la realidad política de "sus" investigados y, al fin y al cabo, relativamente externos a ellos, ¿qué hay del señalamiento puesto de relieve por Devereux de que posiblemente el conocimiento

antropológico sea, más que nada, una representación cifrada de la biografía política del investigador en vez de un enunciado sobre la realidad estudiada¹¹

Resumiendo, pues: ¿sabemos qué tipo de hombre político se asoma *no* en nuestras premisas explícitas y normalmente sólo introductorias a nuestros estudios, sino en nuestros procedimientos de investigación mismos, en el proceso de producción de nuestros conocimientos? ¿sabemos a qué tipo de realidad política éstos pueden dar cabida?

Aunque desde sus comienzos como disciplina científica el método propio de la antropología ha constituido un problema muy especial para la disciplina, es sorprendente la poca atención que hoy día se le presta —no en forma de discusiones abstractas, se entiende, sino *en relación directa con la investigación empírica*. Y a pesar de mucha discusión sobre categorías y conceptos marxistas en la antropología mexicana

no se vislumbran esfuerzos significativos para aclarar el estatuto y las implicaciones de los métodos y las técnicas de investigación empíricos correspondientes; más bien se recurre sin mayor cuestionamiento al instrumental de la antropología tradicional. ¿Puede extrañar entonces, que las imágenes de los hombres y sus universos políticos producidos a partir de marcos teóricos *diferentes*, pero con procedimientos de investigación *semejantes o idénticos*, no sean tan distintos como pudiera esperarse?

4. UN COMENTARIO FINAL: TIEMPO Y CONTRACULTURA POLITICA

En esta modesta contribución a una de las temáticas actualmente más debatidas en la antropología política latinoamericana me he centrado en un solo aspecto: el llamado "factor subjetivo" (Bahro 1980: 266; Bloch 1972: 8). Para ello partí del somero esbozo de algunas características centrales de una corriente no antropológica (aunque vinculada de varias maneras con la antropología) y no marxista, que se basa justamente en el reconocimiento explícito de este aspecto de la cultura política, para interrogar después a aquellos esfuerzos científicos actuales que con este mismo reconocimiento

¹¹ Véase para esta problemática Devereux (1977) y el prefacio de W. de la Barre a esta obra.

pretenden construir un marco de análisis e interpretación de la vida política mediante una fructífera confrontación entre corrientes tradicionales de la antropología y el materialismo histórico. Así, he tratado de formular algunas preguntas acerca de estudios de la política de orígenes teóricos contrapuestos, donde la afirmación explícita de este factor subjetivo en la vida política no llega a tener los resultados esperados: a causa de seguir concibiéndolo como fenómeno marginal, a causa de privilegiar el interés en estructura y funcionamiento de los sistemas políticos —“esta fijación de la actividad social, esta petrificación de nuestro propio producto que se convierte en una fuerza objetiva que nos domina” (Marx 1969: 33)— sobre el interés en los actores y su potencial, a causa de reducir al investigado a mero material empírico por explorar, a materia prima válida sólo a partir del tratamiento científico del investigador. Especialmente la problemática metodológica parece demostrar que ni la crítica de las ciencias sociales burguesas ni la revisión desprejuiciada de las tradiciones marxistas han sido lo suficientemente radicales todavía para proporcionar bases realmente nuevas para la construcción de conocimientos más verdaderos de la vida política, sus procesos y sus actores^{1 2}

Para terminar, parece pertinente recalcar una vez más *el problema del tiempo* en la investigación de la vida política. Por las razones ya mencionadas del “ascetismo histórico” (Lo-

wenthal 1981: 23), pero también a causa de los juicios tan duros de Marx y Engels sobre los socialismos utópicos de su tiempo y tal vez también a causa de la utilización posterior de las novelas políticas, las ahora mejor llamadas anti-utopías con fines claramente reaccionarios^{1 3} la dimensión del futuro ha quedado marginada de los estudios políticos. Ello, sin embargo, entraña un doble peligro fácilmente constatable en muchos de ellos.

Por una parte, facilita la recaída en el vicio hegeliano de la “concepción cerrada del mundo” (1983: 120), es decir, del esquema teleológico que expresa todo tipo de centrismos (de sociedad, de civilización, de clase o de etapa evolutiva alcanzada) y que niega justamente lo más importante del factor subjetivo en la vida política, es decir, el potencial creador de alternativas de los miembros de una sociedad. Precisamente frente a la “com-

^{1 2} Naturalmente, en la medida en que la investigación pretende tomar en serio este “factor subjetivo” en la vida política, tendrá que ocuparse también de la subjetividad del investigador, particularmente con respecto al proceso de construcción del conocimiento científico; ésta última, dicho sea de paso, comprende también su posición de clase, más no se reduce a ella.

^{1 3} Consideraciones más amplias sobre esta temática se encuentran en Krotz (1980a: esp. cap. 6).

prensión mecánico-vulgar de la concepción marxiana del determinismo histórico" G. Markus ha reivindicado la problemática de las "alternativas históricas", señalando que "no hay crisis histórica que no tenga más que una salida" (1973: 67). Por otra parte, la situación señalada induce tan fuertemente a una visión sincrónica de las contradicciones objetivas y subjetivas, que éstas se reducen en el análisis con frecuencia a meras oposiciones posicionales, perdiendo así, en el análisis y en la realidad sociopolítica misma, aquella dinámica que el mismo Hegel ya había divisado cuando enfatizaba que "las formas no solamente se distinguen, sino se desplazan una a la otra por ser incompatibles una con otra" (1973: 14); y también se pierden en su carácter de impugnación activa de quienes están insatisfechos con el presente y preparan ahora su superación futura.

Los intentos para evitar ambos peligros —aparte de otros, de los que aquí se han mencionado sólo algunos— no están exentos a su vez, de nuevos peligros acerca de los cuales la crítica de los estudios de la cultura política en la sociología empírica norteamericana pone en guardia. Pero contribuirá a que los investigadores de la vida política puedan reconocerla como estando en tensión ella misma y, en vez de atribuirle contradicciones y momentos dialécticos desde afuera, descubrirlos y construirlos a partir de su estudio¹⁴ también con —no sólo sobre— los hombres involucrados justamente en estos

procesos de construcción y reconstrucción siempre renovados.

REFERENCIAS

ALMOND, G.A. (1970) *Political Development*, Little, Brown and Co., Boston.

ALMOND, G.A. y POWELL, G.B. (1972) *Política comparada*, Paidós, Buenos Aires.

ALMOND, G.A. y VERBA, S. (1963) *The Civic Culture*, Princeton University Press, Princeton.

(1980) *The Civic Culture Revisited*, Little, Brown and Co., Boston.

BAHRO, R. (1980) *La alternativa*, Alianza, Madrid.

BENEDICT, R. (1974) *El crisantemo y la espada*, Alianza, Madrid.

BLOCH, E. (1972) "Marx als Denker der Revolution", en E. Bloch y otros, *Marx und die Revolution*, Suhrkamp, Frankfurt.

¹⁴ Véase para muchas de las consideraciones en este sentido la crítica de Bloch a Hegel (1983).

- (1983) *Sujeto-Objeto*, Fondo de Cultura Económica, México.
- DEVEREUX, G. (1977) *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI, México.
- EASTON, D. (1973) *Esquema para el análisis político*, Amorrortu, Buenos Aires.
- HANSEN, R.D. (1971) *La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI, México.
- HEGEL, G.W.F. (1973) *Phänomenologie des Geistes*, Ullstein, Frankfurt.
- HERSKOVITS, M.J. (1969) *El hombre y sus obras*, Fondo de Cultura Económica, México.
- KROTZ, E. (1980a) *Utopía*, Edicol, México.
- (1980b) "La alternativa de R. Bahro, en *Antropología y marxismo*, núm. 3: 131-138.
- (1981) "La politización del niño campesino en México, en *Relaciones*, vol. 2, núm. 8: 132-156.
- KROTZ, F. (1982) *Über das mathematische Paradigma in Soziologie und Sozialforschung*, Universidad de Hamburgo (tesis), Hamburgo.
- LANGTON, K.P. (1969) *Political socialization*, Oxford University Press, Nueva York.
- LOWENTHAL, L. (1981) "Perspectivas históricas de la cultura popular", en *Márgenes*, núm. 1: 14-28.
- MARKUS, G. (1974) *Marxismo y "antropología"*, Grijalbo, Barcelona.
- MARX, K. (1969) *Die Deutsche Ideologie*, Dietz, Berlín.
- (1981) "Sobre la cuestión judía", en *La sagrada familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, Grijalbo, México.
- NAJENSON, J.L. (1979) *Cultura nacional y cultura subalterna*, UAEM, Toluca.
- PYE, L.W. (1969) "Political Culture and Political Development", en L.W. Pye y S. Verba, eds., *op. cit.*
- (1973) "Culture and Political Science: Problems in the Evaluation of Political Culture", en L. Schneider y C. Bonjean, eds., *The Idea of Culture in Social Sciences*, Cambridge University Press, Cambridge.
- (1974) "Cultura política", en D.L. Sills, ed., *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 3 Aguilar, Madrid.

- PYE, L.W. y VERBA, S. eds., (1969) *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, Princeton.
- SCOTT, R.E. (1969) "México: The Established Revolution", en L.W. Pye y S. Verba, eds., *op. cit.*
- SCHMIDT, A. (1969) "Der strukturalistische Angriff auf die Geschichte", en Schmidt, ed., *Beiträge zur marxistischen Erkenntnistheorie*, Suhrkamp, Frankfurt.
- SEGOVIA, R. (1977) *La politización del niño mexicano*, El Colegio de México, México.
- VERBA, S. (1969) "Comparative Political Culture", en L.W. Pye y S. Verba, eds., *op. cit.*

11
 2. Die 11a tesis über Feuerbach
 2. Die 11a tesis über Feuerbach
 2. Die 11a tesis über Feuerbach

La 11a tesis sobre Feuerbach, según el cuaderno de notas
 de Karl Marx